
**DOCUMENTOS IMPORTANTES
DE COLOMBIA.**

DOCUMENTOS IMPORTANTES &^a

De "El Deber," periódico político y literario de Bogotá, hemos tomado los dos documentos que reimprimimos á continuacion, cuya lectura nos parece altamente interesante en el estado actual de los pueblos americanos, y en particular de los que formaron la República de Colombia. Es el primero un discurso del Señor Cárlos Holguin en la Asamblea de Cundinamarca, en réplica á otro del Señor F. E. Alvarez, liberal caracterizado, en que llaman la atencion las terribles confesiones de éste y las elevadas apreciaciones morales y políticas de aquél; y el segundo, la biografía del General Mosquera, escrita de mano maestra, obra de un escritor colombiano cuya principal dote, entre tantas que le distinguen, es la probidad. Juzguemos á los partidos y á los hombres públicos por *sus hechos*, no por discursos y programas de ostentacion y mentira: sólo así lograremos levantar el velo funesto con que se cubre la impostura para ruina de los pueblos.

ASAMBLEA DEL ESTADO.

Con motivo de un proyecto presentado á la Asamblea de Cundinamarca por el Señor Doctor Francisco Eustaquio Alvarez, por el cual se destituye de sus funciones á la actual Corporacion Municipal de la ciudad de Bogotá y se ordena la eleccion de otra nueva, se trabó una discusion muy acalorada entre el autor del proyecto y el Señor Diógenes Arrieta, en la sesion del 2 de los corrientes.

El Señor Alvarez denunció á la Asamblea, con su acostumbrado celo, todas las fillerías, trampas, fraudes y violencias que han anulado el sufragio en Cundinamarca, enfermedad de que se ha contagiado la República toda, hasta el estado, dijo, de que la Federacion no es ya una "anarquía organizada," como la han llamado los conservadores, sino "el feudalismo de los pícaros." Recordó que en 1874 el ciudadano Lázaro María Pérez habia presentado un proyecto de ley de elecciones, halagándose con la idea de que con él iba á cerrar la puerta á todos los fraudes inventados por la corrupcion política, y que precisamente cuando el ciudadano Pérez hablaba sobre esto, los falsificadores oficiales se habían reido de su candor, mostrando con esa risa, que tenían ya previstos los nuevos fraudes que el proyecto no habia podido prevenir. El Señor Arrieta, despues de hacer varios cargos al proyecto del ciudadano Alvarez, tomándolo como una arma de partido esgrimida contra los actuales gobernantes de Cundinamarca, con siniestros fines, tocó tambien en su ardorosa peroracion con el proyecto del Señor L. María Pérez, y dijo que este proyecto no había sido trabajado con el fin de acabar con los fraudes electorales, sino con el de facilitar al partido conservador la entrada á la Asamblea y al Gobierno del Estado.

En este estado de la cuestion, y viendo que los ánimos se iban enardeciendo más á cada discurso, tomó la palabra el Doctor Carlos Holguin y dijo que él votaría por el proyecto, y que para que su voto no se tuviera como fruto de la discusion que estaba presenciando, iba á dar la razon en que lo fundaba. Que esperaba poder introducir en 2.º debate las modificaciones necesarias para ver si conseguía que se estableciesen dos Corporaciones Municipales: una destinada á intervenir en asuntos electorales, como formacion de listas de electores, nombramiento de jurados &^a, y otra que cuidase exclusivamente de los intereses de la ciudad de Bogotá. Que él creía que el desgüeño de la administracion de la Capital, el despilfarro de sus cuantiosas rentas, su falta de alumbrado, de aseo, de ornato, &^a &^a dependían de que la Corporacion Municipal se elegía en prevision de los servicios electorales que estaba llamada á prestar, y de que se ocupaba, despues de elegida, en esos asuntos, que absorbían toda su atencion con perjuicio de los intereses comunes; y que era mejor que quedase una corporacion, denominada como se quisiera, encargada de rehacer listas, borrar electores, y hacer todas las demas pillerías que se denuncian, y otra que nombren los ciudadanos honrados de todos los partidos para que administre con honradez y celo las rentas públicas y las inviertan en lo que deben invertirse. Aludiendo despues á

la discusion que se habia suscitado relativa á la inteligencia que debía darse al proyecto del Señor Pérez, manifestó el Doctor Holguin que no comprendía por qué disputaban los dos H. H. D. D., cuando en el fondo estaban de acuerdo; pues que suprimir las trampas y fraudes electorales y entrar el partido conservador á la Asamblea y al Gobierno, serían la misma cosa. Que el partido conservador representaba la opinion pública del Estado, y que sólo mediante el sistema de fraudes y violencias denunciado por el Señor Alvarez se le podía mantener fuera del Gobierno.

El Señor Alvarez dijo en seguida, que en su calidad de liberal pasaba por la vergüenza de confesar públicamente que nada tenía que contestar á la flagelacion que el Señor Holguin acababa de darles. Que cuanto decía era cierto; que la corrupcion del partido liberal habia llegado á tal extremo, que si por medio de un milagro se viera él hoy dotado, por algun sér sobrenatural, de un poder omnímodo para organizar un gobierno, declinaría tan tremenda responsabilidad, manifestando con absoluta franqueza que se creía incapaz de hacerlo: y que se creía incapaz, porque no conocía en todo su partido cinco hombres honrados de quienes echar mano para tan ardua empresa. Que los liberales que habían quedado honrados podían contarse en la mano y sobraban dedos. Que él, ademas, reconocía que una de las causas que habían producido esta desmoralizacion nunca vista, era la necesidad en que los liberales se habían visto de apelar á medios bastardos para impedir que les ganasen las elecciones los conservadores. “Y teniendo los conservadores co-
« mo tienen una inmensa mayoría numérica y contando con las
« grandes influencias del país, añadió, no ha habido otro medio
« de impedirles que recuperen por las elecciones el poder que
« perdieron por las batallas. El grande error del partido libe-
« ral consistió en organizar el país despues de su triunfo arma-
« do, concediendo á los conservadores derechos políticos para
« verse despues en la necesidad de recurrir al fraude, á la vio-
« lencia, al descrédito de las instituciones y al desconocimiento
« de la legalidad para hacérselos nugatorios. Y nugatorios te-
« nía que hacérselos, puesto que no había de ser tan estúpido
« que se dejase quitar con papelitos lo que había ganado con
« las armas. Sepa, pues, el Señor Holguin que nosotros los li-
« berales jamas hemos pretendido gobernar en Colombia á tí-
« tulo de mayor número, pues reconocemos nuestra minoría.
« Gobernamos con los títulos que nos dan la inteligencia y la
« fuerza, pues de ámbas cosas hemos necesitado para vencer á
« los conservadores, y venciéndonos hemos probado que las te-
« nemos. El partido liberal manda aquí porque le ha ganado

« al partido conservador tres batallas decisivas: la de Boyacá
« en 1819, por la cual salieron de aquí los españoles; la de 1831
« contra Urdaneta; y la de 1861, con la que el General Mos-
« quera dió en tierra con el Gobierno del Señor Mariano Ospí-
« na. Esos son nuestros títulos; y el partido liberal debe ser
« bastante franco para reconocerlos como la fuente única de su
« poder, y en consecuencia declarar que mientras no sea venci-
« do por las armas no concederá á los conservadores derechos
« políticos ningunos, como tampoco debe reclamarlos el día en
« que él sea vencido.”

El Señor Holguin. Señor Presidente :

Las confesiones y las doctrinas del Señor Alvarez, miembro tan caracterizado de su partido y maestro de una parte muy numerosa de la generacion liberal que se levanta, me obligan, á mi pesar, á hacer uso por segunda vez de la palabra. El reconoce que en este país los conservadores tenemos una inmensa mayoría de opinion y de influencias legítimas que no permiten á los liberales ejercer el poder público, sino por uno de dos caminos: ó recurriendo al fraude, á la corrupcion y al descrédito de las instituciones para ganar elecciones por medio de trampas y pillerías, que el Señor Alvarez condena; ó negándonos en nuestras instituciones nuestros derechos políticos, y constituyendo gobiernos que no tengan más razon de ser que la fuerza bruta en que se apoyan, medio que le parece excelente. Y si no son gobiernos de esta clase, sírvase decirnos cómo se nos puede negar en las instituciones el ejercicio de los derechos políticos. Cuando una nacion conquista á otra, como sucedió á la Inglaterra en el siglo XI, las diferencias radicales de dos razas pueden permitir que se establezcan con claridad las relaciones del Señor de la tierra y del vasallo. La figura, el idioma, el traje, todo contribuía á facilitar la distincion entre un normando y un sajón. Pero entre nosotros ¿de qué medios se serviría el legislador para distinguir quién es conservador y quién liberal? Nuestra identidad en todo y por todo; el hecho de existir opiniones diferentes entre los miembros de una misma familia, cosa harto comun; las transiciones políticas, los cambios de todos los días en virtud de los cuales vemos hoy de liberal al que ayer era conservador, y mañana de conservador al que despues será liberal, serían inconvenientes del todo insuperables para el legislador que fuese á estatuir algo parecido á lo que el señor Alvarez desea. Y una de las pruebas de que eso no puede hacerse es que no se ha hecho, habiendo tántos y tántos liberales que opinan en el fondo de acuerdo con él. Y precisamente por estar de acuerdo con él en la idea de no dejarse quitar por medio de elecciones lo que álguien ganó para

ellos por la guerra ; y porque esos que están de acuerdo con él ven que no podrían soportar la prueba de someter su poder al crisol de una eleccion honrada, han recurrido al sistema del fraude, las violencias y las picardías que el honorable Diputado condena. De suerte que el Señor Alvarez levanta su voz contra los pillos reconocidos de la política liberal y los flagela sin piedad, porque estando de acuerdo con él hacen lo único posible para complacerlo y llegar al punto que él desea. Estos infelices confiscadores del sufragio, rateros de nombres conservadores y liberales en las listas de sufragantes, son los ejecutores de las sentencias del Señor Diputado por el círculo de Mosquera. A ellos se les ha presentado el dilema así: “O fundamos un sistema electoral honrado y lo cumplimos con religiosidad, en cuyo caso triunfarán necesariamente los conservadores, que son los más y los que tienen mayor número de influencias legítimas; ó para conservarnos en el poder tenemos que recurrir al fraude y á la violencia, y que se lleve el diablo á la República.” Para escoger en esta dura alternativa hicieron sus cálculos aritméticos de placeres y dolores, y viendo, como el Señor Alvarez, que no podían dejarse quitar con votos lo que habían ganado con fusiles, se decidieron por el segundo medio, creyendo de seguro, como yo habría creído, que iban á merecer entusiastas felicitaciones y aplausos del Señor Alvarez. Y resulta que este Señor, por un fenómeno raro en la historia de la lógica, los anatematiza y se enfurece contra ellos. Tal vez, Señor, lo limitado de mi entendimiento no me deja comprender y compaginar esta severidad catoniana contra el crimen y contra los pícaros engendrados por las doctrinas y los consejos del mismo que así se encara contra ellos.

Se jacta el Señor Alvarez de haber contribuido en mucho al desarrollo intelectual de la juventud de su partido, por medio de la enseñanza de las doctrinas utilitaristas de Bentham en el Colegio del Rosario; y en seguida se encoleriza contra sus discípulos cuando ellos las ponen por obra. No puede perdonarles el que mutilen listas, lean nombres falsos y declaren en su favor las elecciones: me parece que esto es exigir demasiado de la pobre naturaleza humana. El catedrático ha repetido por todos los tonos en la cátedra, y el hombre político en la tribuna y en la prensa, que *bien es placer ó causa de placer*, y que nos es lícito hacer todo aquello que nos proporcione más goces que dolores. Cuando ya los discípulos han aprendido bien esta leccion, fuera de otras relacionadas con la independencia de la conciencia, se les encarga de ordinario de funciones electorales. Llega el caso de una eleccion de Representantes para el Congreso general, y los discípulos del Señor Al-

varez que forman la Corporacion Municipal, ó el Jurado electoral, ó el Gran Jurado, tienen que raciocinar de esta manera : “Es mejor y más agradable, más cómodo, y más lucrativo, y más honroso ser representante que no serlo ; si borramos á A y á B de la lista de electores, ó si computamos en nuestro favor los votos dados al godo tál, gozamos de la reputacion, de los honores y del sueldo anexos á la representacion nacional. Esta es una gran satisfaccion, un gran placer, comparado con los cuales el dolor de segundo órden de ver privado de esas ventajas á un enemigo, es cosa tan insignificante que no merece tomarse en cuenta.” Y aplicando las doctrinas que aprendieron en Bentham impiden los votos enemigos que le serían desfavorables, ó se eligen cuando les toque escrutar. Pocos dias despues se ha conseguido alejar á los enemigos políticos de la escena pública, como lo desea el Señor Alvarez : ya los godos no votan. Surgen entónces pretensiones encontradas entre los mismos liberales, y una fraccion que tiene el honor de contar en sus filas al Señor Alvarez ocurre, en ejercicio de sus derechos políticos, solemnemente garantizados por las instituciones, á hacerlos valer en los comicios populares. Luégo se encuentra con los consabidos discípulos, que toman á esa fraccion por opositorista y la declaran asimilada á los conservadores, y repitiendo su anterior raciocinio utilitarista privan de hecho al Señor Alvarez y á sus amigos, por medio de fraudes y supercherías indignas, de los mismos derechos de que ántes habían privado á los conservadores por los mismos medios. Pero esta vez el Señor Alvarez se indigna y les vocifera : “Os habeis corrompido, infames falsificadores ! Sois prevaricadores, confis- cadores del sufragio, el más precioso derecho en la Repú- blica, única fuente legítima de toda autoridad ; y con este hecho repetido hasta lo infinito habeis logrado hacer de nuestra her- mosa patria un feudalismo de pícaros.” Señor Presidente, yo pagara por haber sido discípulo del Señor Alvarez para responderle : “Y lo admirable es que no sólo ha enseñado legisla- cion el Señor Alvarez : ha enseñado tambien lógica ! Lógica, Señor, esto es increíble.”

El mismo Señor Diputado que se gloria de la parte que ha tenido en el desarrollo intelectual de nuestra juventud, propi- nándole las doctrinas de Bentham, nos habla de la parte que tomó en la revolucion de 1861, de donde datan las grandes con- quistas del partido liberal. La revolucion de 1861 no nos tra- jo nada que no tuviésemos en materia de instituciones libres ; la Constitucion de 1863 no consagra ninguna garantía, ninguna libertad, ningun derecho que no se encuentre igualmente ga- rantizado y reconocido en la que nosotros sancionámos en 1858 ;

y el Señor Doctor Alvarez nos ha hecho justicia á este respecto. ¿Cuáles han sido entónces las célebres conquistas de aquella guerra? Una sola, Señor: la desamortizacion. La desamortizacion, que es el mayor triunfo que ha alcanzado Bentham en nuestra patria infeliz, porque es el acto que ha proporcionado placer, satisfaccion y comodidad á mayor número de ciudadanos con perjuicio solamente de unos pocos dueños de lo suyo, que no tenían derecho á lo superfluo habiendo tantos que carecían de lo necesario. ¿Y qué fué en el fondo la tal desamortizacion? Un gran crimen, un gran robo ejecutado por un Gobierno que llamó á sus cómplices de otros delitos á que viniesen á participar del fruto del trabajo comun! No se puede negar que en esto hubo cierta honradez relativa, parecida á la del jefe de una cuadrilla que reparte lealmente entre sus compañeros el botin ganado en el asalto de la casa de campo de una familia honrada. Una vez que los vencedores de 1861 lograron imponer á la Nacion esta gran conquista por medio de las armas, los gobiernos que se han sucedido han perdido toda autoridad para condenar y castigar los crímenes semejantes cometidos por los individuos. El hecho de quitarle al prógimo lo suyo contra su voluntad ha llegado al punto en que tenía que colocarlo Bentham en sus desarrollos lógicos: una accion que, dándole al que la ejecuta medios de satisfacer sus necesidades, de que ántes carecía, es solamente placer ó causa de placer. Cuando la Iglesia no tiene ya que le roben, se aplican las doctrinas de la desamortizacion á los conservadores, como sucedió en la guerra pasada; y cuando el Señor Alvarez ve los estragos de esas doctrinas, sus sentimientos de honradez personal se sobreponen á sus principios, y su voz se deja oír imponente y aterradora contra los ladrones y contra los pícaros. Pero es porque el Señor Diputado se olvida de que él ha enseñado no sólo principios de utilidad, sino tambien lógica; y sus discípulos, que no perdieron el tiempo en sus clases, se entretienen en sacar consecuencias perfectamente naturales. Y esta, Señor, ha sido una de las tres grandes batallas ganadas por el liberalismo que nos gobierna por derecho de conquista.

No hablaré de la segunda batalla que se coloca en 1831, porque ese fué un episodio insignificante entre los muchos que marcaron la agonía de Colombia; un esfuerzo generoso cuanto inútil por salvar nuestra preciosa unidad, que había sido la ilusion del hombre extraordinario que acababa de espirar á orillas del Atlántico, y cuyos despojos trataban de repartirse las mediocridades, sin dejar enfriar siquiera su cadáver.

Vengamos á la tercera batalla, que fué la primera entre las enumeradas por el Señor Doctor Alvarez como ganadas por el

liberalismo: hablo de la gloriosa jornada de 1819, en que viniendo Bolívar á los españoles en el memorable campo de Boyacá, aseguró la independencia de nuestra patria y la de la América entera. Atribuir la victoria de Boyacá al liberalismo es demostrar, Señor, el desconocimiento más absoluto de la historia nacional. En 1819 no existía partido liberal, pues como muy bien lo ha dicho un honorable miembro de esta Asamblea, y con gran jactancia, el liberalismo nació en 1828, en las sombras misteriosas del 25 de Setiembre y al resplandor de los puñales que se blandieron sobre el lecho del Libertador. Pero no sólo no existía partido liberal en 1819, sino que por no existir fué que pudo haber batalla de Boyacá é Independencia, cosas que habrían sido en absoluto imposibles si ya él hubiera nacido. La Independencia fué la obra de nuestros padres, á la cual sacrificaron montañas de oro y torrentes de sangre, generosamente derramada en los campos de batalla y en los patíbulos levantados por los españoles. Sin detenerse jamas á hacer los cálculos aritméticos de los placeres y de los dolores, nuestros próceres ofrendaron cuanto tenían, en bien de las futuras generaciones. Ahora bien: el liberalismo, que es utilitarista, por gratitud filial, puesto que nació del utilitarismo; el liberalismo, que cuenta una sucesion no interrumpida de utilitaristas desde los discípulos del Señor Alvarez hasta los Señores Santander, Azuero y Soto, sus progenitores, ¿habría sido capaz de hacer independencia, cuando para eso era indispensable sacrificar en aras del DEBER todos los bienes y comodidades que el utilitarismo codicia? No, Señor; las escuelas materialistas en que se enseña que la utilidad y el placer son la regla que debe guiar el criterio moral de las acciones humanas, serán incomparables para producir sibaritas que disfruten de bienes adquiridos en las ruinas de la Iglesia, para educar falsificadores de registros y confiscadores del sufragio, magistrados sin conciencia y ciudadanos rebeldes á todo yugo moral ó legal; pero no servirán jamas para engendrar héroes capaces de volar como Ricaurte en San Mateo, abandonando con la vida todos sus encantos, pensando sólo en que del cumplimiento de su deber podían reportar beneficios inmensos, á las generaciones futuras. España y algunas de las Repúblicas Sur-americanas han sido las únicas naciones donde se le ha hecho á Bentham el honor de recibirlo y de erigirle cátedra. Por los frutos que tanto allá como aquí han dado esas doctrinas, por los hombres que bajo su influencia se han formado, entre los cuales no halla cinco el Señor Alvarez que merezcan su confianza, querría yo que él me dijese con toda sinceridad si cree que se podrían hacer sacrificios heróicos y ejecutar hazañas inmortales para redimir un

Continente. Lo que el Señor Alvarez acaba de decirnos prueba que él no lo cree, y sin embargo afirma con toda seriedad que el triunfo de Boyacá fué triunfo del liberalismo. No ha podido el liberalismo administrar sin corromperla la herencia de nuestros mayores, y habría podido ejecutar su obra inmortal!

¿Ni por qué habría tenido interes el liberalismo en echar de aquí á los españoles? El Señor Alvarez nos dice lo que la generalidad de sus copartidarios sienten y practican: que ellos gobiernan aquí con los títulos que les dan la fuerza y las batallas ganadas, y prescindiendo en absoluto del derecho que da la opinion de la mayoría de los ciudadanos. Pues sobre esas mismas bases estribaba el poder de los españoles. Ellos gobernaban aquí, porque tenían la fuerza bruta, y con ella ganaron á principios del siglo XVI sus batallas sobre los primitivos moradores de estas vastas comarcas. Fernando VII, Sámano y Morillo degollaban á nuestros abuelos, porque éstos combatían con las armas en la mano el régimen liberal que hoy impera y que el Señor Diputado encomia. De suerte que si sus ideas son honradas, si él cree lo que dice ahora, él y los demas que son liberales á su modo se habrían hallado el 7 de Agosto de 1819 combatiendo en Boyacá en las filas de Barreiro contra los ejércitos que, con Bolívar á la cabeza, luchaban por establecer en esta tierra un gobierno de todos y para todos, fundado en el derecho y apoyado en el querer de las mayorías. Y esto es tan cierto, que terminada apénas la lucha de la Independencia, nació el liberalismo y apareció desde el principio aliado con los restos del realismo vencido, y encarándose contra el Libertador y los libertadores. ¿Se quieren pruebas? Allí está nuestra historia de 1828, y la guerra espantosa declarada á Bolívar por los fundadores de lo que hoy impera. Allí está la conspiracion del 25 de Setiembre, de aquella noche memorable en que el Libertador se salvó como por milagro de una liga infame de los puñales liberales y realistas. Que los liberales prepararon, ejecutaron y sostuvieron ese monstruoso parricidio, lo acaba de oír la Asamblea de boca de uno de sus órganos irrecusables; pero á mí me resta agregar que Carujo era oficial realista, Orment era oficial realista, Zuláibar era oficial realista, y todos tres desempeñaron aquella noche un papel notable entre los conspiradores. La Providencia salvó á Bolívar, en tal hora, del puñal español dirigido por liberales americanos, como lo había salvado en Jamaica, en el Rincon de los toros y en Lima, de tentativas semejantes puestas en obra por los españoles.

¿Se quiere más? Pues hay más todavía. En apoyo de esa conspiracion levantó su cabeza la revolucion en el Sur y apareció aliada con una nacion extranjera que le hacía tambien la

guerra al Libertador. A la cabeza de esta revolución apareció el General José María Obando, ídolo y Jefe natural del partido liberal, á quien éste reconoció como tal á la muerte de Santander. ¿Y se ha olvidado quién era Obando? Jefe realista que con singular tenacidad combatió contra la República y en favor de la causa del Rey hasta 1822, es decir, hasta tres años despues de aquella portentosa batalla que hoy quiere atribuirse al liberalismo. No, Señores; no se puede falsear así la Historia, ni extraviar el juicio de la posteridad. La Independencia fué obra nuestra, y por eso es que vosotros mismos os reis cuando llamais godos á los Gutiérrez, los Parises y tantos centenares de miles de vástagos que representan familias, hoy conservadoras, cuyos padres derramaron su sangre en los patíbulos y en las batallas por legarnos libertad y patria, que nos han sido confiscadas despues.

El Señor Alvarez nos hablaba tambien de que el partido liberal tenía para gobernar, á más de los títulos de la fuerza, los de la inteligencia. Me considero relevado de entrar en esta materia, pues debo suponer que con eso sólo ha querido sazonar su discurso con una especie chistosa que pudiera producir hilaridad en la Asamblea y risa en el auditorio.

La pintura que de sus amigos políticos ha hecho el honorable Diputado, me excusa tambien de decirle por qué no podemos resignarnos al gobierno arbitrario de esto que él ha llamado “el feudalismo de los pícaros.”

Presento mis excusas á la Asamblea por haber distraido tanto tiempo su atencion, tocando puntos extraños á la cuestion que se debate. Soy enemigo de esta clase de discusiones y las evito hasta donde es posible; pero en la situacion en que hoy se halla mi partido; reducidos como estamos aquí á cuatro literalmente sus representantes, y en el resto de la República á cero, despues de lo que se ha dicho, mis amigos no se podrían explicar mi silencio, y yo mismo tendría que avergonzarme de él.—He dicho.

GENERAL TOMAS C. DE MOSQUERA.

[PARA LA HISTORIA.]

Este personaje, cuyo nombre ha figurado en la historia de nuestra patria, con manifiesta notoriedad desde 1826, se extinguió poco ha, á la edad de ochenta años, en su casi solitaria mansion de Coconuco; y la frialdad con que la noticia de su fallecimiento fué recibida en Bogotá fué un principio de justicia

de la posteridad.

Se apagó súbitamente, en la oscuridad y el silencio de su morada campestre, á la manera que un viejo tronco de durísimo roble, ya carbonizado por los años y el fuego, cesa de arrojar alguna leve chispa, al perder el postrer átomo de resina que ardía y humeaba en su corteza. La posteridad ha comenzado para este hombre extraño y singular que removi6 hasta el fondo las entrañas de su patria, y la Historia tiene hoy el derecho y el deber de revisar en última instancia el juicio que le tenían abierto sus contemporáneos.

No se nos diga que removemos las cenizas de un sepulcro. Esta es una vieja puerilidad sentimental, cuando no un acto de complicidad disimulada, que el buen sentido y la justicia rechazan. La historia de la Humanidad se compone de la vida y la muerte de los hombres: de sus narraciones brotan ideas de moralidad, principios, y con éstos y ellas se compone la filosofía de los tiempos y de las acciones humanas.

La Historia puede y debe dejar en paz las tumbas y los restos que ellas guardan; pero ni puede ni debe guardar silencio delante de los nombres que se imponen como necesarios en la existencia de un pueblo. Quien quiera que de algun modo aspire á poner su sello sobre una época ó una ó más generaciones, por el mismo hecho entrega su vida, su nombre y su reputacion al juicio crítico de sus contemporáneos y de la posteridad. Si los Apóstoles narraron la vida de Jesus, Tácito narró para ofrecer un gran contraste, la de los tiranos de Roma.

El silencio de la Historia es, ademas, en ciertos casos, una cobardía. Cuando la Fortuna ha sido la complaciente cómplice de las faltas de un hombre, la Historia no debe ser su encubridora. Colombia ha sido casi constantemente un volcan: MOSQUERA fue su lava! Si la historia geológica requiere el estudio de las rocas calcinadas, hay que describir las erupciones que las calcinaron....

I.

No obstante su mirada escasa de dulzura y sinceridad y su enorme cabeza, en rigor desproporcionada, MOSQUERA debió de ser en sus mocedades un hombre de gallarda figura y distinguido continente. La herida que recibió en Barbac6as, en 1824, le desfigur6 en parte, pero su fisonomía conserv6 siempre un aire y una expresion nada comunes. Le conocimos de cerca en 1845, cuando venía, popularmente electo por la más poderosa fraccion del partido conservador, á reemplazar al General Herran en la presidencia de la República.

Era de cuerpo alto, delgado y bien tallado, y había en su continente y apostura algo como una combinacion de tres tipos: el

de un Jefe de Estado Mayor aristocráticamente marcial,-especie de militar de gran parada;-el del hombre de Estado, engreído con su nacimiento y su posición política, y el del calavera petulante y de gran tono, capaz de matar por hacer ruido.

Tenía MOSQUERA la cabeza grandísima, abombada hacia los lados y hacia atrás, y cubierta de cabellos abundantes, crespos, levantados con cierto desorden, negros y casi siempre cortos; la barba negra, aunque ya salpicada de canas, reducida á espesos bigotes y cortas patillas; el cuello algo torcido, por causa de su vieja y única cicatriz, bien que siempre llevaba la cabeza erguida; la frente muy amplia y despejada, y con todos los signos de una inteligencia clarísima y general, de una memoria asombrosa, de mucha fuerza de voluntad, y de un espíritu inquieto, ambicioso y audaz, en cuyo desequilibrio constante influía poderosamente la más satisfecha presunción.

Por causa de la cicatriz y de una placa interior de metal adherida á la quijada, le había quedado la voz confusa, como mascada y medio silbada, y la boca mal conformada. En su mirada se ponía de manifiesto el propósito constante de dominar *fascinando*, cuando no de intimidar, ó de solicitar homenajes y lisonjas, y de encubrir su verdadero pensamiento. Los ojos de MOSQUERA mentían y corrompían al propio tiempo; y cuando sus propias miradas podían denunciarle, ó faltaba á su locuacidad la palabra propia para encubrir una mentira, se llevaba rápidamente la mano á la nariz,-que era grande, gruesa, recta y sin palpitacion,-y parecía sacarse de allí la expresión con que formulaba lo que no sentía.

Por lo demás, en toda la fisonomía una expresión de altivez petulante, y casi siempre algo como una sombra en la frente,-prolongación de las tinieblas interiores.

II.

MOSQUERA, que se jactaba mucho de la nobleza de su origen *, al propio tiempo alardeaba de profesar las ideas más democráticas. Vanidad de nacimiento y vanidad de inteligencia: con la primera, se adulaba á sí mismo; con la segunda, adulaba á los muchedumbres. Era demagogo dictatorial,-no demócrata republicano: lo que comprendía y amaba no era democracia que igua-

* Pretendía traerlo desde Guzman el Bueno, y se decía primo de Isabel II y de Doña Eugenia Montijo. No sabemos si reclamó el parentesco de Guzman de Alfarache y de un Señor Antonio Leocadio Guzman, llamado en Venezuela, por una ley grotesca, "Ilustre Prócer."

la en el deber y el derecho, sino el cesarismo que nivela en la violencia. Como si Dios hubiera querido castigar por sí mismos á los hombres vanos, la vanidad tiene una condicion: impone á los que son esclavos de ella la triste necesidad de andar lisonjeando á los demas para obtener su aplauso. Hay vanidades que, mirando hacia abajo y queriendo ir demasiado léjos, se arrastran por el suelo. MOSQUERA tenía de estas vanidades.

Había en él mucho del viejo malicioso, y mucho del muchacho loco y travieso: el viejo era desconfiado, corruptor y falaz; el muchacho tenía á las veces la franqueza del cinismo infantil, y hacía daños por el gusto de mostrarse antojadizo, como los pilluelos malcriados que rompen á palos las vidrieras de los balcones. Y esto, casi sin conciencia de la travesura: por el placer de asomar la cabeza por el hueco del vidrio roto, y solicitar un aplauso de otros pilluelos testigos de la fechoría.

Tenía MOSQUERA rasgos de caballero y rasgos de tunante. Lo del caballero le venía por tradicion de familia, por los ejemplos de Bolívar, y por la vanidad de *parecer* grande y generoso. Lo del tunante le venía de su naturaleza sensual, su corazon egoísta y cruel y un larguísimo hábito de impunidad.

Era muy galante con las damas; pero en achaques de amor, bien que jamas anduvo corto, se picaba más de ostentar seducion y virilidad que de buscar los placeres de origen femenino. La buena mesa y los buenos vinos le agradaban por extremo, y sobre todo la conversacion, no por escuchar á los demas, sino por hacerse oír y escucharse á sí mismo. Cuando el vino se le subía á la cabeza, lo que le aconteció muchísimas veces, no solamente era locuaz, sino que le daba por cantar trozos de óperas, hablar en pésimo italiano y mal francés, y referir sus *buenas fortunas* en las campañas de Cupido. Las de Marte eran materia de libros, discursos y proclamas.

En sus conversaciones ponía de manifiesto el egoismo de la vanidad y la vanidad del egoismo. Era maldiciente, y procuraba en todo caso deprimir á sus émulos ó rivales. Se jactaba con igual petulancia del bien y del mal que hacía; y con la misma frialdad de corazon, en su gabinete, mandaba fusilar á un prisionero, sin fórmula alguna, ó dar una considerable limosna á quien se decía menesteroso.

Jamas comprendió la amistad, ni tuvo verdaderos *amigos*; lo que él quería tener era admiradores y hechuras suyas: hombres que le estuviesen obligados, que le debiesen empleos, favores, posicion, y que, mostrándose fieles y sumisos, le sirviesen de instrumentos. La amistad no era para él un sentimiento, sino un medio de accion en su *favor*; el amigo, un servidor, un utensilio.

MOSQUERA tenía el espíritu completamente desequilibrado: tenía toda la vitalidad motriz de una grande inteligencia, y toda la oscuridad mental consiguiente á la falta de la verdadera luz, que es la *conciencia*. Era un espíritu que andaba á tientas, por falta de luz interior; su lucidez, sin moralidad ni religiosidad, era como un reflejo de la ajena, y tenía lo tenebroso y frio de las nieblas. En él se veía toda la inquietud de la tendencia generalizadora,—jamás analítica ni crítica,—por lo que parecía ser enciclopédico; pero como no estudiaba cosa alguna á fondo, ni meditaba suficientemente lo que leía, todo lo sabía á medias, llevando en el entendimiento un caos. El cráneo de aquel enciclopedista de aparato era una olla podrida en que se medio cocían las ideas más incoherentes. De ordinario, las lecturas que hacía le causaban *indigestiones cerebrales*. Para todo le faltó método y buen criterio: aún para ser malo, dañino y funesto.

Movido por la pretension de rivalizar á muchos sabios, compatriotas ó nó, como Humboldt, Córdas, Acosta, Pombo y Codazzi, escribió sobre materias científicas unos cuantos libros y opúsculos que fueron verdaderas rapsodias ó caricaturas de la ciencia ajena. Analizando dos de aquellos libros, hubo quienes pusieran de manifiesto los más escandalosos plagios. Con tal de hacer figurar su nombre en las portadas, poco le importaba que lo demás no le perteneciese. MOSQUERA practicó la *desamortización*, la expropiación sin escrúpulo alguno, en el campo de las ciencias como en el de la política. Procuró escribir sobre todo lo posible,—desde la Castrametación hasta la Teología, desde la vida de Obando hasta la Cosmología,—no por amor á las ciencias, ni por servir á las Letras ó la Historia, sino por hacer creer al mundo que lo sabía todo. Su laboriosidad fué prodigiosa, infatigable; pero en lo general estéril, porque su talento, que no tenía el calor benéfico de la inspiración propia y espontánea, inspiración imposible cuando no hay *conciencia* ni *amor á la humanidad*,—sino un calor como de rescoldo, cual es el de la vanidad, no podía hacer fructificar cosa alguna en los demás cerebros.

Lo repetimos: MOSQUERA carecía de conciencia. Con suma facilidad se aplicaba á demostrar que lo blanco era negro y lo negro blanco; y por cierto que en muchas ocasiones ennegreció el armiño. Con unos mismos argumentos sostenía tesis contrarias. Cuando quería violar alguna ley, precisamente la citaba en apoyo de la violación. Se cuidaba poco ó nada de su *reputación*, y mucho, muchísimo de su *prestigio*, *fama* y *popularidad*. La ley era á sus ojos buena, si le servía para mandar; mala, si era él quien debía obedecerla.

En su espíritu competían constantemente el militar audaz y

el leguleyo y covachuelista político. El primero, gustaba de los golpes de Estado; el segundo, de embrollar y sofisticar las cuestiones políticas. Jamas le pareció odiosa ni censurable la violencia, siendo obra suya; jamas le intimidó la grave y sublime figura de la estatua de la Justicia; jamas comprendió lo austero y sagrado del Deber; y es probable que, al atentar muchas veces contra el derecho humano, jamas pensara con seriedad en que Dios existía y en todas partes le miraba....

III.

Casi toda la vida de MOSQUERA fué una rebelion. En los primeros años de su juventud fué *godo*,—rebelde al patriotismo; en 1826 proclamó, primero que nadie, como Intendente de Guayaquil, la dictadura de Bolívar,—rebelion contra el pueblo y la Constitucion; despues fué monarquista,—rebelde contra la República; en 1840 y 41 fusiló á ochenta y dos ciudadanos, los *ochenta* sin fórmula de juicio, *asesinados*,—por rebelion contra la Humanidad y la Ley; de 1846 á 49 fué reformador liberal,—creyendo rebelarse así contra la opinion que le había elegido; en 1860 fué federalista y revolucionario,—por despecho (forma de rebelion contra los Conservadores), y por vanidad y ambicion; de 1861 á 62 asesinó prisioneros, confiscó bienes en inmensa escala, arruinó la Iglesia de los colombianos, expulsó obispos y otros sacerdotes y ciudadanos, empobreció el Tesoro público, no obstante la desamortizacion, suprimió los conventos, vilipendió á las religiosas, regaló bienes nacionales, prodigó ascensos y favores, erigió la violencia en regla de gobierno, corrompió millares de conciencias y obró en todo como dictador desenfrenado,—porque todo esto era rebelion contra la Justicia; en 1866, fué infiel negociador y concusionario,—rebelándose contra el Honor de la Patria; en 1867, de Presidente se volvió traidor y dictador,—rebelde á la Legalidad; en 1876, vendió la paz y el derecho por una pension,—rebelde al Pudor;—y sus últimos años le mostraron, como siempre, rebelde á Dios, que ya le señalaba su hora.....

A tal punto llegó el espíritu de rebelion de MOSQUERA, su tendencia á lo dictatorial en todo, que fué siempre rebelde hasta contra la Gramática y la Lógica. El estilo de sus escritos y discursos era *sui generis*: contrario á toda regla de composicion, de sintáxis y hasta de ortografía. Su estilo era como cierto sujeto de tradicional memoria, tan feo “que no se parecía á nadie.” El atropellaba las reglas, como atropellaba á los hombres, las leyes y los pueblos. De la Ortografía sólo respetaba un signo: la letra *G*. No toleraba que jamas le dirigiesen carta

Se escribió en que le llamasen: "Señor *Jeneral*" (con *J.*), sino: "Señor *General*" (con *G.*) La *G.* era para él letra sagrada, en lo tocante á su grotesco título, que tenía dos *G G*: "*Gran General*"; y sostenía que él era en Colombia "el único *General de G*"; los demas... sólo eran de los *de J.* En lo relativo á la lógica, no había para qué buscarla jamás en los dichos, discursos y escritos de MOSQUERA: de una verdad deducía un absurdo, una iniquidad: de sus premisas sacaba siempre la consecuencia que las destruía.

Aquel hombre fué en política un insigne jugador;—jugador que hacía trampas. Nadie jugó como él con todos los partidos sobre el ensangretado tablero de ajedrez de nuestra pobre patria... Durante muchos años, hasta principios de 1855, se sirvió de las piezas *blancas* [los bolivianos y los conservadores] para dar *mate* á los contrarios; y despues tomó las *rojas* para *matar* y *rematar* á los blancos.

¿Qué cosa fué MOSQUERA en nuestra política? *Godo*, hasta 1820; *boliviano* dictatorial, y aun *monarquista*, de 1826 á 1830; *conservador*, de 1835 á 1846; *cuasi-liberal*, de 1846 á 49; *anti-melista*, en 1854; *nacional* (es decir, simplemente *mosquerista*) despues; *cuasi-radical* y *federalista*, en 1857; *soberanista* y soberano, de 1860 á 64; otra vez *dictatorial* y *centralista*, en 1867; celoso *constitucional* y *liguista*, cuando estuvo proscrito en Lima; *liberal independiente*, en 1875; *radical-oligarca*, en 1876; *descontento* de todo, en 1877; cuando ya no podía gobernar y la muerte le tenía como asido de la mano; y siempre, en todo caso, *mal ciudadano!* MOSQUERA fué todo lo que su vanidad y ambicion le aconsejaron, y casi siempre hizo su antojo. Sólo una cosa no pudo ser en nuestra República: republicano ni patriota. De todos lados tuvo partidarios, cómplices y enemigos; pero si aparentemente *sostuvo* todas las causas posibles é imposibles, sólo *sirvió* á una con incontrastable constancia: la de su interes personal.

Santander había introducido á Bentham en las Universidades y en la política; Mosquera lo aclimató en todos los terrenos, practicándolo siempre. Su espada, sus decretos, sus discursos, todos sus actos, fueron el *utilitarismo* en accion.

Dictatorial por temperamento y por hábito, demagogo por lisonjear al pueblo, demoleedor por carácter, era ¡curioso contraste! grande organizador de fantasía, por instintos de militar y hombre de Estado, y al propio desorganizador por espíritu de oposicion. En aquel hombre estaba la tela de Cromwel forrada en la de Masaniello. Si Bolívar fué nuestro primer dictador, el *maestro* en el arte,—por amor á la gloria y á la gran Colombia, por patriotismo heróico y por hábito de mando,—el

César de Coconuco fué nuestro *monitor* de la escuela, el *bedel* de la política dictatorial [justicia sea hecha,—algunos de sus alumnos han salido aprovechados]; y lo fué, porque no sabía respetar ninguna ley, porque tenía la vanidad de sobreponer á todo su caprichosa voluntad, y porque soñaba siempre con la caricatura del Libertador. Organizaba con prontitud, pero violentamente y en escala excesiva, á la manera cesariana, lo que encontraba desorganizado; y desorganizaba y demolía con la misma violencia lo que tenía organizacion y consistencia, si era obra de otros.

IV.

MOSQUERA tuvo la pretension,—no obstante su gramática parada, su lógica oscura y su quijada rota,—de ser orador parlamentario. Nadie fué más cansado, personal ni impertinente que él en la tribuna, donde jamas habló sino de sí mismo. Tenía el dón de fastidiar siempre á sus colegas y despoblar las barras. Su elocuencia era narcótica, así como su pensamiento era homicida. Cuando se trataba de discutir algo, aducía siempre, como argumentos decisivos de autoridad inapelable, los actos que él había ejecutado, los propósitos que él había tenido, los pensamientos que él en alguna circunstancia había emetido. A sus ojos, la *razon* no estaba en la *verdad*, sino en él. Cuando se trataba de la historia nacional, para él no era histórico sino todo aquello en que su nombre ó su persona había figurado de algun modo. MOSQUERA fué un constante falsificador de la Historia: necesitándole encubrir muchas faltas propias y atribuirse muchos méritos ajenos, le era menester introducir en las páginas de la Historia muchas enmendaduras, raspaduras y entrerenglonaduras. En esto mostraba la habilidad de los rábulas experimentados.

Aquel hombre era un compuesto de dos animales terribles. Tenía instintos felinos y de cuadrúmano. Dentro del demagogo estaba el mono; pero dentro del hombre arbitrario y violento aguzaba sus garras el tigre. . . . Es fama en Popayan que, á la edad de ocho años, la de su *inocencia*, cuando apenas comenzaba á tener uso de razon [si su razon no fué siempre locura], mató á una sirvienta de su casa, dándole un pistoletazo. Buen principio para una vida de matanzas!

En 1828 pedía patíbulos; en 1840 y 41 se cebó en Obando con la ferocidad de la envidia y del odio, y asesinó prisioneros á discrecion. El drama de Córdoba y los demas sacrificados en los escaños de Cartago, es uno de los más lúgubres de nuestra historia! Los laureles de Santander no le dejaban dormir! En 1854 y 55 tuvo el mayor empeño en que fusilasen á Melo y

muchos de los prisioneros del 4 de Diciembre [¿quería rivalizar á su primo Luis N. Bonaparte, que hizo las matanzas del 4 al 10 de Diciembre de 1851 ?]; y fué el principal consejero de aquella *remesa* de centenares de artesanos de Bogotá, entregados ya que no al patíbulo, al sepulcro de Chágres, que fué nuestro Cayena.....

En 1861 puso la garra, en Chapinero, sobre la cabeza de los Ospinas, y sólo se la hizo retirar el miedo de las represalias. Pero el 19 de Julio asesinó á cuantos pudo. El se estaba encerrado en su gabinete mientras sus víctimas iban á renovar la sangrienta epopeya de 1816 en la sagrada plaza de los *Mártires!* El criminal se ocultaba, exhibiendo solamente su crimen y sus cómplices. Pero Mosquera superó á Morillo y Sámano, porque introdujo una novedad en el asesinato: envileció el *bambuco*; hizo lúgubre el himno poético del pueblo, substituyéndolo á las marchas fúnebres, como música de los cadalsos.....

Cuando en sus campañas—la lava de los volcanes suele dar batallas—le anunciaban la desobediencia de alguién, ó que habían tomado un prisionero, el primer rugido que salía de aquella boca torcida, caverna con algunos dientes, era esta orden: “Que le fusilen”! Laconismo propio de las selvas espesas y los antros felinos!

Mosquera había mostrado muy poco valor *personal* y *militar* durante casi toda su vida, hasta 1860. Desde entónces se mostró valeroso para arrostrar todo peligro, salvo en la prision del Observatorio [1867], donde, sin riesgo alguno, fué apocado y cobarde. Pero nadie más que él ha patentizado en Colombia un valor á toda prueba para atreverse á todo, desafiar toda ley, despreciar toda sancion, salvar toda valla, atropellar todo derecho y miramiento, jugar con todos los partidos y arrostrar toda censura!

Rumboso como era, amigo del boato y de la ostentacion, cesariano por instintos y por imitacion, Mosquera había gastado siempre lo propio y lo ajeno con igual imprevision y ligereza. Sanguinario y pródigo, su mano atrevida ha derramado á torrentes la sangre y el oro de la Patria. Así como nadie hizo aniquilar tantas vidas de ciudadanos como Mosquera, —autor ó causante de tres grandes y desastrosas revoluciones,—nadie ha despilfarrado tantos caudales como él. La Cámara de Representantes le acusó como á concusionario, en 1867, con documentos oficiales suministrados por la Oficina general de Cuentas, de los cuales resultaba un desfalco de más de \$ 252,000 (y esto solamente por lo tocante á la legacion en Europa), y él no pudo desvanecer ninguno. El furor de gastar le arras-

tró á las más vergonzosas faltas y á culpables negociaciones. Nunca se derrocha el oro ajeno, sin que algo de su polvo se quede entre las manos.

Y sinembargo, este hombre que tanto había despilfarrado, fué interesado y codicioso en los últimos años de su vida. Por recuperar su pension de doce mil pesos anuales, que había perdido en 1867 al ser destituido de la presidencia de la Union, sacrificó en 1876 la causa del sufragio popular, vendiendo, Júdas de la Nacion entera, á sus copartidarios del momento. Los mismos que le compraron, despues de la victoria tuvieron vergüenza de él, y silenciosamente le dieron su paga desdeñándole á ojos vistas.

V.

MOSQUERA, no obstante sus aires y humor de Don Quijote, pero Quijote sin candor, sin fé ni generosidad,—fué el gran corruptor de nuestros hombres y nuestra política. Corrompía con empleos, *honores* y favores; corrompía con halagos y promesas; y cuando esto no bastaba para pervertir un alma pura, buscaba modo de corromperla con dulces recuerdos de familia y deslumbradoras esperanzas. En todo caso, corrompía con sus ideas, con su ejemplo y con el espectáculo de su fabulosa impunidad, hasta fines de 1867, y de su vergonzosa *rehabilitacion* de 1876.

Bien que la vanidad y cierta envidia respecto de algunos hombres eminentes aguijoneaban mucho su inquietud intelectual, MOSQUERA tuvo [lo repetimos por el deseo de no defraudarle ningun encomio que pueda haber merecido]el mérito de ser incansablemente laborioso. Su voluntad tenaz y su férrea organizacion le permitían trabajar siempre, aun haciendo de la noche dia, para producir algo, ó por lo ménos *reproducir*, frecuentemente en mala forma, lo que otros habían hecho en una buena. En la política y la diplomacia, en la táctica militar y las ciencias, en la legislacion y la historia, si no puso la marca de su génio,—porque le faltaba el *mens divinius*,—puso á lo ménos el sello de su mano infatigable, de su movilidad de espíritu y sus tendencias progresivas,—poco prácticas en lo general y á las veces extraviadas y funestas, pero siempre activas.

Uno de los rasgos que mejor pintan á MOSQUERA es éste: varios de sus actos más importantes de la época de su primera administracion, de las campañas de 1841 y 1854 en el Norte, y de la revolucion de 1860, le fueron sugeridos por hombres muy entendidos que le acompañaban; pero éstos tuvieron la habilidad de fingir que *sus* ideas eran propias de MOSQUERA, y él las aceptó y puso en práctica, engañándose ó haciendo creer que

eran suyas. Nada es más fácil que dirigir á los hombres vanos, sabiéndoles manejar y dejándoles engalanarse, como el animal de la fábula, con plumas ajenas.

MOSQUERA sólo tuvo admiracion por un hombre : el Libertador ; más no porque admirase en Bolívar lo grande, lo sublime del desinterés y de la virtud, lo benéfico y glorioso, sino porque tenía la vanidad de parecersele, siquiera en triste caricatura, y porque, creyendo parecersele, al admirarle se admiraba á sí mismo. No obstante el aire de grandeza y distincion que se daba, tenía la pequenez de ser envidioso, y lo fué respecto de Córdoba, Flóres y Santander, del Doctor Márquez, de Pombo, de Obando, de López, de Acosta, de Codazzi, del Doctor Ospina, del Doctor Murillo, de Julio Arboleda, de su mismo yerno, el General Herran (hombre valeroso, de gran carácter y honradamente patriota), y de muchos otros. Mucha parte de su actividad se explica con la envidia, así como mucho de su furor de fusilar, expropiar y destruir lo explica su vanidad de mostrarse poderoso é impunemente dominante.

Después de haber hecho, con sus *proprios* actos, recaer sobre el partido conservador, hasta 1854, cierto renombre de rencoroso y demasiado severo, permaneció durante algunos años como fluctuante en la política, sin que se le pudiera calificar de conservador, liberal ni radical. Se llamaba *jefe* de un partido "nacional" imaginario, y con este nombre de su invencion quería encubrir su verdadera filiacion : era pura y simplemente *mosquerista*.

Un hecho característico muestra lo que eran sus *convicciones*. Cuando en 1856 escogían los miembros conservadores del Congreso el candidato por quien había de votar todo su partido, para Presidente de la República, hubo division entre partidarios del Doctor Ospina, del General Mosquera y de Arboleda. Renunció el primero su candidatura, y el Señor Lázaro María Pérez propuso que se aceptase la renuncia, bajo la condicion de que MOSQUERA, renunciase tambien. No consintió en ello el General, y luégo reconviniendo á Pérez, le dijo :

"Ustedes tienen que elegirme Presidente, porque si no lo soy, tumbaré al que resulte electo ; si fuere Murillo, con los conservadores ; si fuere Ospina, con los liberales."

Sucedió lo segundo, y cumplió su promesa. Más es digno de notar el furor de venganza con que en 1861 quiso cebarse en el hidalgo y valeroso Pérez, condenándole primero á muerte, aunque estaba herido y moribundo, y haciéndole después todo el mal posible. No podía perdonar la oposicion hecha á su candidatura y el eficaz apoyo dado á la de Arboleda, por un adversario franco y desinteresado. MOSQUERA fué siempre fe-

si todas las revoluciones ó guerras civiles que han despedazado y desmoralizado nuestra patria. Con sus chismes y maniobras indispuso á Córdoba contra Bolívar, á tal punto que, exasperado el héroe de Pichincha y Ayacucho, se lanzó en la loca insurrección de 1829, que le costó la vida. . . .

Tan feroz fué el empeño que puso MOSQUERA, en 1839, en perder á Obando, haciéndole cargar con toda la responsabilidad de un horrendo crimen, simultáneamente concertado en Bogotá y Quito (el de Berruécós), que Obando, desesperado y sin garantías, fugó de la prision para ponerse á la cabeza de una insignificante rebelion de frailes ociosos é indios fanáticos. Tornó Obando á la prision, casi vencedor, y tanto hizo MOSQUERA por exasperarle que renació la rebelion, y en breve, sin justos motivos nacionales, se convirtió en una desastrosa revolucion de dos años! Verdad es que el perseguidor fué General en Jefe de nuestros ejércitos, fusiló gente á discrecion y ganó la presidencia de la República!

Tadavía durante su administracion, despues de haber perseguido á Obando en el Perú y Chile, se opuso tenazmente á que le alzasen el destierro. Tornó á su patria el proscrito, traído en 1849 por el partido liberal, y no es de extrañar que sus impresiones de entónces preparasen la política que, conduciendo al 17 de Abril, nos procuró la sangrienta lucha de 1854.

Despechado MOSQUERA de no haber obtenido de los conservadores la presidencia de la República, acordada al Doctor Ospina, se llenó de encono y resolvió vengarse. Esta venganza atroz, de que fué víctima la Nacion entera, fué la revolucion de 1860, y muchos de los episodios de este cataclismo político y social se explican con el furor de rencores de aquel hombre implacable. . . .

En Febrero de 1876 la situacion del Congreso era muy crítica, y de sus resoluciones iba á nacer la paz ó la guerra. Hubo momentos, del 13 al 14, en que todo pudo arreglarse mediante una transaccion: que renunciasen sus candidaturas los Señores Núñez y Parra; que se anulasen todos los escrutinios, por causa de violencias y fraudes, y se escogiesen tres Designados de los tres partidos, que fuesen hombres moderados y conciliadores. La paz se habría mantenido, salvándose Colombia. . . .; Qué hizo entónces MOSQUERA? Vendiendo su voto por la pension que codiciaba, y arrastrando consigo á la Diputacion del Cauca, sacrificó la causa de la justicia y del honor, y entregó la República al partido que le había amarrado, aprisionado, destituido, desterrado y acasado por concension en 1867!—De aín la espantosa guerra civil de 1876 y 77!

Todo eso *debe* nuestra patria á MOSQUERA, y es posible que

por todo eso le erijan estatuas !

VII.

Algo bueno, fecundo y verdaderamente recomendable hubo entre las muchas obras malas de MOSQUERA. La conducta que observó como Secretario de Guerra y Marina del Doctor Márquez, fué digna de aprecio ; la que exhibió en 1854 como Jefe del ejército del Norte, hasta el 4 de Diciembre, fué generalmente meritoria. Impulsó siempre con empeño, bien que sin método, las mejoras materiales. Salvo en lo tocante á Obando, se mostró tolerante y áun justiciero respecto de los liberales, durante su primera presidencia ; y la política de grandes reformas que practicó de 1846 á 49, le hizo merecer el encomio de los amigos del progreso y la gratitud de la República. Dió su nombre á medidas de reorganizacion fiscal y económica que fueron notoriamente benéficas para la Nacion ; y procuró siempre imponer al ejército nacional alguna disciplina, así como abrirle camino para ilustrarse ó adquirir instruccion. Esto, y algunos rasgos de proteccion dada á varios jóvenes de talento civil ó militar, es casi lo único bueno que se puede citar de MOSQUERA.

Como diplomático de la antigua Colombia, no hizo cosa de provecho en Lima. En 1843 y 44, su campaña diplomática se redujo en el Perú y Chile á perseguir y desacreditar á Obando. En 1865 y 66, acreditado en Inglaterra y Francia, no hizo sino desaciertos : fué un impropio representante de nuestra democracia, un agente de descrédito, y un negociador infiel, extravagante y voluntarioso.

Como hombre de Estado, sus ideas fueron siempre vagas, incoherentes, cuando no contradictorias. Presumía de entendido en cuestiones económicas, y sin embargo no comprendía las verdades rudimentales de la economía política. Era partidario tenaz de la limitacion legal del interes del dinero, y de los derechos diferenciales y prohibitivos ; sostenía, á fuer de cesariano, que los gobiernos debían ser empresarios de una multitud de obras impropias de la administracion pública ; y creía á puño cerrado que con decretos gubernativos se podía *dar valor* al papel moneda, á los billetes de tesorería y otros signos fiduciarios, á despecho de las leyes económicas que determinan los fenómenos del crédito.

El *liberalismo* de MOSQUERA, á semejanza de aquella voz forzada de ciertos cantores, llamada *voz de cabeza*, era artificial ó de intencion,—liberalismo de cabeza,—enteramente falso. Si por *liberal* se entiende el hombre político que respeta el derecho

como inseparable del deber; que ama la libertad como un principio eterno, divino y de humana necesidad; que la estima y la quiere para todos justa, limitada por la moral y las leyes, pero inviolable en todos; que al reclamarla y practicarla admite la ineludible responsabilidad del abuso; y que rechaza en todo caso la intolerancia, la violencia, la arbitrariedad y el fraude: si esto es lo que quiere y profesa un buen liberal (que en nada sustancial difiere de un buen conservador), MOSQUERA no lo fué jamás, como tampoco supo ser conservador. Nunca fué sino un *revolucionario cesariano*, y para su provecho propio, cuando no por mera vanidad.

No ménos oscuras eran sus ideas de federalista. Su federalismo era una indigestion intelectual de las instituciones norteamericanas mal comprendidas. En teoría, la descentralizacion, llevada hasta la anarquía de Estados soberanos y la destruccion de la unidad nacional; en la *práctica*, si él no gobernaba, la *soberanía del Cauca* (el particularismo) por encima de todo, y si él tenía en sus manos el poder, una política de interpretaciones casuísticas y de centralizacion arbitraria. MOSQUERA fué en política un insigne casuista: ninguna conviccion, ningun principio; elasticidad de interpretaciones y conducta, segun el caso: El padre Escobar barajado con Santa-Anna, el tiranuelo de Méjico.

VIII.

El mejor aspecto de la vida de MOSQUERA fué su carrera militar; y sin embargo, qué de lunares! A más de tener génio para la guerra,—por ser la guerra, en lo general, obra de violencia y destruccion,—“la espada con que el Libertador venció en Junin” le comunicó algo del espíritu que conduce á la victoria. Era, sin disputa, el primer General de este país, por sus aptitudes para el mando, su fanatismo por la gloria de la guerra y su espíritu organizador; y durante la guerra civil de 1860 á 62 se mostró constantemente, contra su costumbre, muy resuelto en todas sus determinaciones y valeroso en los campos de batalla. Su táctica, sin embargo, no se adaptaba á los recursos de nuestro país, sino á los de grandes ejércitos y gobiernos ricos. Por eso, toda campaña de MOSQUERA fué lenta y ruinosa.

Si con el tiempo se hizo digno de mandar los ejércitos, su hoja de servicios, hasta que no obtuvo el grado de General, nada tuvo de brillante. Comenzó por una ficcion de servicio momentáneo, en 1815, y no se halló en ningun combate. No peleó por la Patria en *Bajo-Palacé*, ni en *Alto-Palacé*, ni en *Calivío*, ni en el *Juanambú* ni en *Tacines*, ni en el *Ejido de*

Pasto, ni en el *Palo*, ni en la *Cuchilla del Tambo*. Cuando en 1816 sucumbió la causa republicana, se apresuró á buscar la proteccion de los realistas y salir del país para irse á gozar de la vida en Europa.

Una vez asegurada la independencia nacional con la victoria de Boyacá, MOSQUERA buscó arrimo á la sombra de Bolívar, y éste, por favor, le hizo del golpe *Capitan*, cuando no había oido la pólvora en ningun combate. Ningun servicio en la campaña del Sur hasta 1816; ninguno en Venezuela, ni en el centro de Nueva Granada, ni en el Magdalena; ninguno en *San Juanito*, *Popayan*, *Pitayó*, *Jenoy*, *Cariaco*, *Bomboná*, *Yaguachi*, *Guachi* ni *Pichincha*; nada en los gloriosos campos de *Junin* y *Ayacucho*!

En vez de pedir con ahinco un puesto en los ejércitos que libertaron el Ecuador, el Perú y Bolivia, pidió el mando militar, sin riesgo, de Buenaventura, y la casualidad le hizo tropezar en Barbacóas con el guerrillero Agualongo. Al oír los primeros tiros del combate, se asoma á un balcon, una bala desastilla el marco de la puerta, y la astilla le hiere una quijada. Se restablece de su herida, y su papel es el de oficial del Estado Mayor de Bolívar, hasta que se acomoda en la posicion nada peligrosa de Intendente de Guayaquil. Es fama [y sobre ello tenemos varios datos] que su despacho de General le fué firmado por el Libertador, en 1829. . . . por equivocacion.

En 1840, la batalla de la *Chanca*, de que quiso jactarse MOSQUERA, dándola como gloria suya, fué proeza de Joaquin Barriga y sus compañeros. MOSQUERA, miéntras se preparaba y libraba el combate, estaba ocupado, léjos del campo. . . . en hacer asesinar á Salvador Córdoba, Jaramillo, Camacho, Robledo y otros presos políticos. En 1841, ganó en el Norte la batalla de *Tescua*, haciendo grande alarde de lo que debía á planes y consejos de Diago y otros Jefes de talento, y á la embriaguez é ineptitud de Carmona.

En 1860, firmó en *Manizáles* su ignominia, y en *Segovia* comprobó su ferocidad. En *Subachoque* [1861] fué valientísimo, pero imprevisor y mal estratégico; así como en 1854, en los *Cacaos*, fue insensato. Sus *glorias* militares de 1861 podrían mermar muchísimo, si fuera dable descorrer el velo de algunos misterios: le *ayudaron* tanto los hombres y las circunstancias!

La desenfrenada ambicion de MOSQUERA y su iracundo despecho desencadenaron el dragon de la guerra en 1860, á más de lo que contribuyeron con sus faltas el Gobierno nacional y los liberales de Santander, Bolívar, Cundinamarca y el Cauca. La voz de MOSQUERA fué entónces una tromba, su mano la de un titan demente, y todo el movimiento que produjo, el de los

terremotos formidables. . . . Cuando se alzó, coronado de *manzanillo*, que no de laurel, delante de la Convencion de Rio-Negro [á cuya convocatoria fué *forzado* por algunos liberales, pues él sólo quería mantener su dictadura]; cuando se atrevió á decir: "Hoy es mi dia," debió de estremecerse indignada la sombra colosal de Jorge Washington! Era *su dia!* sí, porque al deponer aparentemente la dictadura, su figura siniestra, símbolo viviente de la violencia, se levantaba sola, lúgubre, chorreando sangre y maldecida, en medio de la inmensa desolacion de la Patria convertida en escombros!

Tal fué el hombre! Su cabeza de hierro, más de lava que de seso repleta, se asoma hoy por entre la losa del sepulcro, diciendo á la posteridad: "Hice todo el mal posible y no supe arrepentirme; juzgadme como os plazca, pero á lo ménos. . . . no me quiteis el derecho de seguir haciendo algun ruido con mi nombre!"

Este juicio que hacemos del carácter, las facultades y la vida del General MOSQUERA, parecerá tal vez á algunos demasiado severo, ó á lo ménos aparentarán considerarlo así. Sea. Otros decretarán la glorificacion del hombre, segun sus principios de criterio moral y el punto de vista en que se coloquen; y á nadie disputamos la facultad de tributar á un Jefe que muere los honores que la Ordenanza otorga al grado ó empleo.

Pero si nosotros toleramos las glorificaciones que por un lado se decretan, tambien nuestro juicio debe ser tolerado. De una parte están la Ordenanza militar y los intereses ó las pasiones de partido; de la otra, la conciencia humana! Si en todo caso y en todo tiempo le dijimos al General MOSQUERA la verdad amarga, en nombre de nuestros principios, tenemos hoy el deber y el derecho de decírsela á su posteridad, en nombre de la justicia de la historia. . . . Si jamas fuimos cómplices de ninguna de las violencias de aquel hombre funesto, y nunca tuvimos miedo á su cólera, hoy tampoco serémos, con un culpable silencio, encubridores de faltas que cierran el camino á una legítima gloria!

Amamos la Patria, la Verdad y la Justicia, y por eso le juzgamos; y teniendo muy en cuenta lo poco bueno que hizo, le condenamos por el inmenso cúmulo de males que sus actos acarrearón á la República! Plegue á Dios que nadie en Colombia tenga la horrible tentacion de imitarle! Que Dios tambien, en su infinita misericordia, le perdone todo lo que el patriotismo y el sentimiento moral impiden olvidar!

Bogotá, Octubre 20 de 1878. PLUTARCO.